

(Escrito en febrero de 1997 para la columna “Mi héroe preferido” del suplemento cultural de *La Nación*, que finalmente no lo publicó.)

Mi héroe preferido

Aquiles según Pasolini

Por Pablo Ingberg

Allá por los principios de la década del ochenta, un amigo de entonces, hombre de cine (como quien dice “hombre de letras”), me contó una anécdota cuya veracidad jamás traté de confirmar. A Pasolini se le descompone el auto en la ruta, a la caída de la noche, y, tras breve caminata entre las sombras, se le abren las puertas de un monasterio. Desprovisto de libros, encuentra en la mesa de luz de su cuarto el consabido *Evangelio*, y arremete con Mateo. A la mañana siguiente, durante el desayuno (uno se imagina al pintor del *Decamerón* de Pasolini, encarnado por él mismo, devorando sus *spaghetti* para volver al trabajo), el monje hospedero le pregunta si leyó “el libro”. Pasolini asiente. ¿Y qué le pareció?, interroga el monje. Pasolini: Un magnífico guión de cine. Tal sería el origen mítico del film *Il Vangelo secondo Matteo* (perdón que lo nombre en italiano, pero ¡suena tan maravilloso!), en el que Pasolini plasmó literalmente su afirmación.

Un par de años más tarde, supongamos, otro amigo de entonces, hombre de teatro éste, recordaba apasionado, quizás en un espanto profético del reino de los efectos especiales, al Ángel de la Anunciación según Pasolini: una niña de hermosa sencillez, una túnica blanca que podría profanamente improvisarse a partir de una sábana, nada de alas o vuelos de la obviedad (la imaginación y la belleza tienen alas propias).

Vale la pena traer a colación que Pasolini había sido prohibido en la Argentina antes de que yo estuviera en edad de merecerlo, y que para la época a que me estoy refiriendo no era para mí más que un personaje mítico recibido por tradición oral.

Agreguemos otro par de años, poco más o menos, y heme allí leyendo por primera vez la *Iliada*. Resonancias míticas: desde el principio me pareció, y tal vez siga pareciéndome, un magnífico guión de cine. Mi sueño era, y tal vez siga siéndolo, filmar una película de, digamos, veinticuatro horas de duración, una por cada canto del poema, tomándolo literalmente como guión, sin cortes ni agregados, sin efectos especiales de ninguna especie. Qué espléndido se vería ese dúo de héroes enemigos, cara a cara en medio de la muchedumbre combatiente, entre el vuelo de lanzas y flechas y el rechinar de espadas contra escudos, detenidos ellos dos únicamente – mientras los otros aúllan y se matan alrededor– a referirse sin prisa sus linajes e historias respectivos, para pasar finalmente del diálogo de las lenguas al de las armas.

Escenas semejantes se repiten por docenas a lo largo del poema, pero hay una en particular que habría de quedarme grabada para siempre. Estamos en el canto XXI. Aquiles ve salir del río, desarmado, a Licaón, un hijo de Príamo. Luego de un monólogo interior *avant la lettre*, Aquiles el de los pies ligeros se apresta a ejecutar sin miramientos al troyano. Pero éste se abraza a sus rodillas y le implora piedad, invocando, según leyes retóricas que siglos posteriores habrían de formular, un pasado que los liga de algún modo, pretéritas crueldades. El iracundo Aquiles, que había vuelto a la batalla tras la muerte de su amigo Patroclo, le contesta (cito en la difundida traducción de Segalá y Estalella): “(...) ¿Por qué te lamentas de ese modo? Murió Patroclo, que tanto te aventajaba. ¿No ves cuán gallardo y alto de cuerpo soy yo, a quien engendró un padre ilustre y dio a luz una diosa? Pues también me aguardan la muerte y la Parca cruel. Vendrá una mañana, una tarde o un mediodía en que alguien me quitará la vida en el combate, hiriéndome con la lanza o con una flecha despedida por el arco”. La espada de Aquiles dice el resto.

Además del carácter cinematográfico que aquel film de Pasolini, cuando al fin pude verlo, no desdijo en absoluto, la *Iliada* me había revelado un secreto aun más valioso: aqueos y troyanos carecían de multiprocesadoras, videocaseteras, lavarropas y otras palabras compuestas que suelen facilitar nuestra cotidianidad (en tanto no se descompongan), o de fusiles, tanques y misiles atómicos que pueden facilitar nuestro fin (descomponiéndonos), pero tenían el mismo problema que nosotros, el gran tema del hombre desde su origen y quizás hasta su fin: la muerte. Y ese gran tema (por qué no veladamente único en última instancia) del hombre y de sus manifestaciones artísticas, que perdura más allá de los cambios en géneros, idiomas y culturas, estaba ya en la base de la obra que habría de fundar la literatura de occidente: Aquiles, después de todo, elige la guerra de Troya a sabiendas de que allí está esperándolo la muerte.

A pesar de ese carácter trágico, nada me haría preferir al caprichoso, vengativo y cruel Aquiles, el guerrero más temible, tan poco destacado por sus dotes intelectuales, por no ahondar en las humanas, si no existiera aquella breve escena en que se asume instrumento y parte de un destino que nos abarca a todos: un momento de suprema sabiduría, y belleza.

Hay otra escena que no integra la misma película pero merece figurar en este argumento. Estamos ahora en la *Odisea*, canto XI. El astuto Odiseo incursiona en el reino de los muertos. La sombra de Aquiles se le aparece y dialogan. Odiseo: “(...) Pero tú, oh Aquiles, eres el más dichoso de todos los hombres que nacieron y han de nacer, puesto que antes, cuando vivías, los argivos te honrábamos como a una deidad, y ahora, estando aquí, imperas poderosamente sobre los difuntos. Por lo cual, oh Aquiles, no has de entristecerte porque estés muerto”. Respuesta: “No intentes consolarme de la muerte, esclarecido Odiseo: preferiría ser labrador y servir a otro, a un hombre indigente que tuviera pocos recursos para mantenerse, antes que reinar sobre todos los muertos...”. Despojado de la vida, las armas, la jactancia, Aquiles parece finalmente un ser humano.

Post data: Mi héroe preferido en este relato es, en cualquier caso, Pasolini leyendo el *Evangelio* por la noche, un momento de suprema sabiduría y belleza.